LA MANO INVISIBLE

*Alejandro Vélez Salas**

Al coleccionista de islas

No tengo mucho tiempo de conocer a Julián, pero sospecho que no le gustan los homenajes. No es por extravagancia y pedantería, como Michel Houellebecq, que recientemente se perdió la presentación de su último libro en Bélgica, y ni su editor sabía dónde encontrarlo. Tampoco se debe a un hurafismo crónico como el que se le achacó—quizás falsamente— a J. D. Salinger. En el caso de Julián creo que se debe a que simplemente escribe, lee, viaja, enseña y vive por placer, y no hace falta que nadie le reconozca ese placer.

Si en verdad Julián aborrece los homenajes con el mismo encono con el que se refiere a la inútil invención de la electricidad, todos los que participamos en este homenaje estamos en un gran problema. Aún así, supongo que Julián entenderá que la mayoría de los que escribimos en este número somos amigos y nos perdonará la ofensa. Eso sí, me sentaría muy mal si en su humilde enojo no nos dedicara una de sus ingeniosas críticas por perder nuestro valioso tiempo en festejar haber coincidido con un simple coleccionista de islas.

No quiero hablar del Julián escritor porque no soy y —espero que nunca convertirme— en crítico literario. Me gustó *La feria de los lacayos*, me increparon sus ensayos sobre Tolstoi, Serge y Solzenitzin y ahora río incontrolablemente con el *Bestiario de historia mexicana*. Sin embargo, me avergüenza admitir que no he leído todas sus novelas, aunque quizás

247

* Universitat Pompeu Fabra; miembro fundador de Nuestra Aparente Rendición.

ALEJANDRO VÉLEZ SALAS

eso para Julián sea algo bueno, pues eso quiere decir que he dedicado más tiempo a Flaubert y a Shakespeare. Si uno no tuvo el privilegio de haber escuchado a Julián en una clase, una conferencia o con un buen whisky delante, sus novelas y ensayos son la mejor forma de conocer a este gran indignado y prestidigitador de la ironía, que según Philippe Ollé-Laprune, Director de la Casa Refugio Citaltépétl, es de los mejores escritores de México, pero le hace falta creérselo.

Sobre lo que sí me siento calificado es para hablar del Julián maestro y amigo, por lo que me alegro de dejar alguna estampa favorable en este escrito. Recuerdo que poco después de terminar el primer mes del curso “La palabra y el silencio”, una amiga me comentó que había encontrado la mejor asignatura del ITAM y que la impartía un tal Julián Meza. Tuve que esperar un par de semestres para por fin sacudirme el dogmatismo de las Economías y las Estadísticas dos días a la semana y disfrutar de las delicias de una clase de Literatura.

La asignatura que me tocó ese año fue sobre la obra de Jorge Luis Borges –también conocido como José Luis Borgués en los círculos del expresidente Vicente Fox– y desde la primera clase nos dejó claro que no sería una clase típica del ITAM. No habría exámenes, se tomaría asistencia, pero quien no quisiera asistir podía hacerlo aceptando que no podría obtener un diez final y nuestra calificación sería un mezcla de nuestra participación con un ensayo de temática libre vinculado al gran lector ciego y amante de los cuchillos. Recuerdo que Julián advirtió que quizás sería la clase más antiacadémica del ITAM. En su momento le di la razón, ya que en otras asignaturas habías controles de lectura cada semana, la asistencia se controlaba como en una penitenciaría y se calificaba lo que decías o dejabas de decir. Sin embargo, ahora que lo veo en retrospectiva creo que la clase de Julián fue lo contrario, ya que recibiéndonos de esta manera, logró que desmontáramos la obligatoriedad y disfrutáramos el curso. Su amigo Edgar Morin estaría orgulloso, ya que logró que, sin importar nuestra disciplina, nos interesáramos simplemente en el conocimiento y no en cómo se nos iba a calificar su adquisición.

Pero no todo mundo creía que Julián era un buen profesor. Los alumnos se quejaban de su ironía, de que no aceptara las participaciones del

tipo “el autor cree que...”, de que se pasaba la normativa antitabaco por los alvéolos y de que ponía pocos dieses y muchos seises. Yo no me quejo. Había leído *El Aleph* a los 18 años y tomar la clase de Julián fue como una operación de cataratas que me permitió disfrutar el libro en toda su magnitud. Me pasó lo mismo con *Anna Karenina* y *Madame Bovary*, pero esta vez en el curso “Tres edades de la novela, las mujeres y los días”. Es que vaya, hasta el nombre de la asignatura invita a la reflexión, nada que ver con “Contabilidad de costos” o “Pronósticos de negocios” con el perdón y el respeto que se merecen los contadores y contadoras. Julian Barnes, Milorad Pavic y Albert Cohen entraron en mi biblioteca personal y, a través de mí, en la de mi hermana, mis amigos y una que otra novia.

Pero Julián no hubiera podido ser un gran profesor si no hubiera sido un gran lector y, sobre todo, un gran viajero, porque como dijo Francisco Segovia en la presentación de *Constantinopla, la isla del mediodía*, “Julián es un viajero que es a su modo un lector y un lector que es siempre un viajero”. Todos sabemos de la obsesión de Julián por recorrer las superficies insulares y luego escribir interesantes libros que se alejan de las guías turísticas y entran dentro de esa categoría que se conoce como literatura de viajes; categoría que algunos críticos se niegan a incluir dentro de la tradición literaria, deslegitimando de un plumazo libros fabulosos como *Los anillos de saturno* de W. G. Sebald o *Viaje a Italia* de Goethe. Pero como a Julián le importan poco las opiniones de los críticos, se ha dedicado a visitar islas verdaderas como Pompeya o metafóricas como Cataluña para apropiárselas y luego compartirlas por medio de la palabra.

Finalmente, no me gustaría terminar este escrito sin agradecer antes al Julián mentor y, sobre todo, al amigo. Hace casi diez años accedió a la difícil tarea de dirigir la tesis de licenciatura a un Alejandro indignado y desencantado que estaba en busca de otras herramientas que no fueran modelos estadísticos para hablar sobre “lo político”. Aceptó dirigir mi tesis sin que yo tuviera un tema en mente y cuando lo tuve guió mi trabajo con una respetuosa mano invisible que les suele faltar a la mayoría de los académicos, que quieren traer a los estudiantes

ALEJANDRO VÉLEZ SALAS

hacia su redil académico para que desarrollen lo que a ellos les interesa de la forma que ellos quieren. En este sentido, Julián es la antítesis de este tipo de profesores que son causantes de la esclerosis académica. Recuerdo bien un día que estaba preocupado por mi último capítulo: simplemente me dijo “no leas más, prohibido leer, a partir de este momento sólo escribe.” Me recomendó también que guardara esos ímpetus investigadores para el doctorado y hoy puedo decir que le hice caso. Desde la distancia temporal, Julián es en gran parte culpable de que haya escogido su ciudad, Barcelona, para estudiar; de que haya decidido cambiarme a las Humanidades; de que mi tesis volviera a ser un amasijo de disciplinas; de que volviera a usar la literatura para entender “lo político”, y de que no abandonara la crítica ni la ironía.

Julián siempre ha creído que morirá después de que le caiga un piano blanco en la cabeza. Hasta el momento ha sorteado la hepatitis, la diabetes y demás complicaciones, lo que me hace pensar que hay algún piano esperándolo en algún lugar del D.F., de Estambul, de Sicilia o de Barcelona. Pero antes de que el piano caiga, creo que Julián merece este humilde homenaje. Con los años que lleva dirigiendo *Estudios*, por lo menos se divertirá leyendo algo diferente que quizás lo haga rabiar un poco, si es que —como sospecho— no le gustan los homenajes.